

plicar con solvencia —a veces con innecesaria redundancia de argumentos— la función y la necesidad de la presencia de las historias interpoladas o paralelas, como la del Fiero Vásquez y su guerrilla estudiadas en el tercer artículo del volumen.

De acuerdo a como se dan las cosas en los cuatro trabajos hasta aquí comentados, hay lugar para pensar en otro principio estructurador básico de la novela, el tercero (o el segundo si acordamos que el otro es en verdad una estrategia del primero), cuya formulación está ciertamente facilitada por el sentido, la frecuencia y la convicción de las argumentaciones del crítico. Tal principio resultaría ser estructurador de la novela —en tanto que objeto poético— al mismo tiempo que, en otro nivel, desestructurador de lo más caro del mundo representado por la obra: la comunidad. Lo enunciaríamos así: “La comunidad es el lugar donde (tal como están planteadas las cosas en el universo representado por la novela) no es posible que viva el hombre andino, el comunero”. En efecto, la ambición despiadada e irreductible de Amenábar hace que la comunidad de Rumi marche a su disolución, a su desintegración, a su inexistencia. No es, pues, posible vivir en el único lugar habitable. En otras palabras, ya no le queda lugar en el mundo al hombre andino referido por la novela, pues su extrañamiento, su destierro, es total.

Esta es la tragedia que nos ejemplifica el gran relato de *Alegría*: la agonía del hombre que se debate entre dos fuerzas contrarias y desiguales de vida y muerte, entre la comunidad que es vida (única, pero cada vez más débil, posibilidad de vida) y el destierro que irremediablemente es muerte (una posibilidad ya actuante y cada vez más fuerte de muerte, de extinción definitiva).

De los otros trabajos que integran el libro que nos ocupa merece ser destacado el titulado “Símbolo de la construcción de la escuela en *El mundo es ancho y ajeno*”. Destacado porque toca un explícito proyecto ideológico de la novela, el de la necesidad de educación alfabética del poblador andino para que pueda éste defenderse y enfrentar

con mayores recursos las ambiciones y atropellos de hacendados y otros explotadores; y porque, pensando en la unidad esencial invocada por el libro de ensayos que nos ocupa, este trabajo puede informar y documentar el principio estructurador/desestructurador que acá se ha formulado, al erigirse la escuela en la única posibilidad que tuvo el hombre andino para que el único lugar habitable, la comunidad, siguiese siendo un lugar habitable *posible* y no un recuerdo, una leyenda, una utopía.

Ha hecho bien Tomás G. Escajadillo en entregarnos en un solo volumen sus trabajos sobre la más destacada novela de *Alegría*. Y aunque en conjunto, reunidos en un libro sus trabajos acusen excesos explicativos, repeticiones temáticas y metodológicas —explicables, por cierto, en razón de la autarquía que cada trabajo debió tener para aparecer en distintas publicaciones— decimos que ha hecho bien su autor porque el volumen pone nuevamente en vigencia, en un primer nivel de discusión y estimación, el apasionante tema de la narrativa de *Alegría* —ahora que, como se adelanta en el prólogo del volumen, se le están regateando malamente méritos a nuestro novelista; y también porque, como suele ocurrir en la historia de la crítica cuando trabajos posteriores erosionan una autoría, nos ha traído a la memoria el hecho de que Escajadillo ha detectado y remarcado muchos de los valores de *Alegría* que en cualquier momento serán saber común, como el señalado de la unidad fundamental de su novela mayor.

Raúl Bueno Chávez

Zavaleta, Carlos Eduardo; *Los Ingar*, 2da. edición, Lima, Lluvia Editores, 1983.

Carlos Eduardo Zavaleta (Ancash, 1928) es uno de los pocos escritores de la “generación del 50” que aún se mantiene en ejercicio. Junto a Julio Ramón Ribeyro, compañero de generación, ha ido engrasando

do una copiosa obra narrativa. *La marea del tiempo* (1982) es el libro de cuentos que cierra, hasta el momento, la obra narrativa de Zavaleta.

En los últimos años el ambiente cultural peruano ha iniciado un proceso de reconocimiento de la "generación del 50". Son varios los artículos y entrevistas que se hacen con el fin de explicar la trascendencia de esta generación en la literatura peruana. Zavaleta tuvo destacada participación en un ciclo de conferencias cuyo temario, precisamente, fue "Los escritores de la generación del 50". Enmarcado en este reconocimiento, desde 1983 se viene reeditando progresivamente la obra completa del autor de *Los Ingar*.

La "generación del 50" se caracterizó, a grandes rasgos, por dos hechos. Fue una generación que, por un lado, intentó la modernización de las técnicas de la narrativa peruana y, por otro lado, fragmentó la realidad peruana, realidad en la que se daban fenómenos inéditos por el intento de modernización capitalista de la sociedad peruana por parte del gobierno de Odría. Es decir, que cada autor aparte de asimilar nuevas técnicas de la novela contemporánea, toma como referente determinado segmento de la sociedad peruana. En este sentido, Zavaleta a la par que utiliza en la creación de su obra narrativa el monólogo interior, varios puntos de vista, cambios espaciales etc.; toma como referente principal el universo provinciano de la sierra peruana. Y siendo más específicos, Zavaleta hasta *Los Ingar* reproduce la visión del mundo de todo aquel conglomerado de estratos sociales andinos que están en una posición económica y social superior a la de los indios.

La novela *Los Ingar* fue editada por primera vez en 1955. La crítica literaria de esos años le dio buena acogida. Entre muchos comentarios favorables, se dijo que este libro era "superior a todo lo escrito hasta ahora por Zavaleta" y que en la novela se daba una "amable conciliación de técnica y temas".

*Los Ingar* configura el mundo de la provincia de la sierra peruana. El relato es-

tá ubicado en Corongo, nombre que corresponde a un distrito del departamento de Ancash. El texto es complejo ya que se articulan diversos aspectos de la vida pueblerina, se encuentran muchos indicios de las relaciones económico-sociales entre sus habitantes así como la percepción del ámbito geográfico. El texto exige múltiples lecturas, pues está pleno de significaciones. Nuestra relectura pretende señalar las más resaltantes.

En *Los Ingar* se narra un día, que fluye cronológicamente, de la vida de la familia Ingar. Llica, el hijo menor, es quien relata un día bastante agitado para él y para toda su familia. En su relato se distinguen claramente dos temas: las relaciones de su familia (los Ingar) con los habitantes del pueblo y las autoridades, y las relaciones interpersonales al interior del núcleo familiar. Los Ingar sufren las arbitrariedades e injusticias del poder local. Las autoridades de Corongo, enemigas de la familia, acosan a los hermanos mayores con falsas acusaciones y los provocan mediante sus allegados para que alteren el orden público, con el propósito de encarcelarlos. El factor desencadenante de este clima de violencia es que se tiene la noticia de que tropa militar viene de Lima y se dirige al pueblo, pues en la región se está gestando una revuelta. Los Ingar son concientes de que este hecho será aprovechado por sus enemigos, encaramados en el poder local, para acusarlos de ser los promotores de esta revuelta. En efecto, sus enemigos actúan tal como lo suponían y comienza la serie de hechos ya referidos.

No son simples las motivaciones de toda esta serie de acciones en contra de los Ingar, sino que se encuentran varios indicios que dejan traslucir causas más complejas. Refiriéndose a las acciones de las autoridades, uno de los Ingar expresa: "Son así porque desean que los miremos —dijo Alberto. Nos envidian Tulpayoc, nuestras mujeres, nuestra casa, se mueren de rabia porque desde el año pasado el diputado me pide que yo sea el Gobernador (...). En cambio ellos lo han comprado el cargo con regalos al subprefecto y velitas a San Pedro. Y no les gusta que no los miremos cuando pasan por las calles" (p. 41). Este párrafo es sumamente

importante. En él se encuentran elementos claves del relato, pero hay que dudar de su veracidad considerando que corresponden a un miembro de la parte afectada y por tanto es una versión parcializada. Si bien se evidencian en este párrafo los deseos de apropiación del fundo Tulpayoc y la crítica a la forma como han accedido al poder las autoridades, razones suficientes para ganarse la enemistad de cualquier persona, cuando analizamos con mayor detalle el discurso de Llica, encontramos elementos muchos más importantes que explican la confrontación de los Ingar con las autoridades.

Llica al caracterizar a las autoridades del pueblo utiliza prejuicios de tipo racial. El Gobernador apodado "El Huejti" es "Un cholo cuyos pantalones exhibían bolsas en las rodillas y no cubrían ni lo alto de sus zapatos de caña" (p. 38); sobre los síndicos expresa: "Unos indios (los llamados síndicos) venían detrás" (p. 38). Al reconstruir el modo de hablar de el Gobernador, se le signa como una persona que no domina el español: "¡Tas hablando mucho! -dijo el Huejti. Llevensí al Shesha" (p. 40). En cambio, tanto Llica como toda su familia hablan la norma correcta del español. Estos detalles demuestran que el factor étnico es el que subyace en el discurso del Llica; es decir, la confrontación entre "indios" y "blancos" o por lo menos lo que representan estos dos términos. El Llica utiliza, también, el criterio racial para identificar y diferenciar a su familia. A su hermano Shesha lo describe del siguiente modo: "Shesha (...) era el mayor de nosotros, el más bajo y más blanco, el que no dejaba de fumar" (p. 20). No son estos los únicos casos en los que el Llica utiliza el criterio racial sino que hay muchos ejemplos en los que se recurre a ese criterio.

Las relaciones interfamiliares de los Ingar también son conflictivas. Alberto, hermano mayor de Llica, encargado del manejo de las propiedades de la familia es adúltero. La esposa con un resentimiento justificado agrede con frecuencia a su marido. La familia tácitamente aprueba el adulterio de Alberto y el criterio racial vuelve a aparecer para justificar la conducta del adúltero. La

esposa (Gaudencia) es india y la amante (Dolores) tiene rasgos blancos.

La violencia es una constante en la novela, tiñe las relaciones de los Ingar con las autoridades del pueblo así como las relaciones al interior de la familia. Los vínculos entre los Ingar y los habitantes del pueblo se enfrían, motivados por el temor generalizado a las autoridades. El poder local está fortalecido por la presencia de la tropa. Muchas personas que aprecian a los Ingar tienen que tomar actitudes en contra de la familia. Una atmósfera de miedo y hasta de terror envuelve al pueblo.

Si bien en el texto que reseñamos se expresa la experiencia vital de un adolescente que junto a su familia enfrenta al poder local, injusto, arbitrario, conseguido de mala manera con el único fin de buscar el beneficio propio, el valor fundamental de la novela radica en que reproduce de manera precisa uno de los problemas gravitantes del mundo andino, mundo en el que se presentan profundas contradicciones. Hemos insistido en resaltar el racismo soterrado que subyace el discurso del Llica, porque este es un problema que no sólo se presenta en el mundo andino sino que en toda la sociedad peruana. Es también -en la novela- como una cristalización del vasto campo de contradicciones violentas que sacuden a la sociedad y en esa medida implica un recurso narrativo destinado a concentrar en una realidad -que es también un símbolo- las dramáticas tensiones que vive el país. Desde este punto de vista no pudo ser más oportuna la reedición de *Los Ingar*. A pesar de haber sido editado por primera vez hace 20 años tiene todavía vigencia.

Juan Zevallos Aguilar

Crispín Oré [y] Eco: *Mineros de Canarias. La gran marcha Ayacucho* - Lima, Lima, Eco, 1984.

El relato testimonial tiene larga data en la historia de nuestra literatura, pero la rei-